

Contribuciones desde Coatepec  
Universidad Autónoma del Estado de México  
pcanalesg@yahoo.com.mx  
ISSN: 1870-0365  
MÉXICO

2003  
Jean Meuvret  
LAS CRISIS DE SUBSISTENCIA Y LA DEMOGRAFÍA DE LA FRANCIA DE  
ANTIGUO RÉGIMEN  
*Contribuciones desde Coatepec*, julio-diciembre, año/vol. III, número 005  
Universidad Autónoma del Estado de México  
Toluca, México  
pp. 131-140

# Las crisis de subsistencia y la demografía de la Francia de Antiguo Régimen

---

JEAN MEUVRET

## PRESENTACIÓN

**E**l artículo que se presenta aquí traducido del francés, es considerado el texto fundador de la Demografía histórica en Francia. Como se constata en este trabajo, la Demografía histórica desde su nacimiento conjuga disciplinas, como lo son muchos de los mejores trabajos de investigación. El costo por el avance de todas las ciencias es pagado con frecuencia con la necesaria parcelación de la realidad. El pensamiento humano no puede proceder de otra forma: percibimos conjuntos pero pensamos analíticamente. Dicho pago es retribuido en las síntesis científicas mejor logradas, por supuesto precedidas de análisis e inducciones pertinentes. El proceso de síntesis no sólo se logra al interior de una misma disciplina, también se logra en el entrelace de varias disciplinas: estas síntesis pueden ser tanto o más fructíferas que las intradisciplinarias, como se revela en este nacimiento de la Demografía histórica. El autor hace historia económica, historia de los precios, y aunque no publica todos sus hallazgos nos ha dejado excelentes textos de historia económica; por ejemplo su propuesta de que hallaremos no sólo una circulación monetaria en un espacio social sino circulaciones monetarias correspondientes a clases sociales. Una parte de sus trabajos fueron recopilados, tras su fallecimiento temprano, en *Études d'histoire économique*, cuaderno 32 de *Annales*. El texto que presento fue reproducido en la mencionada compilación así como en otra recopilación de artículos publicados en la revista *Population* —donde apareció por primera vez en 1946— del Instituto Nacional de Estudios Demográficos, de Francia. Un texto clásico no pierde vigencia por haber sido superado en alguno de sus aspectos: los mejores intelectuales saben que escriben para ser superados a través del debate que promueven. Por ello lo entregamos ahora en su versión castellana.

Un texto clásico, como todo buen texto, comporta fundamentalmente una idea. Ya Romano nos recordaba lo asentado por Lucien Febvre: «En un siglo hay tres o cuatro grandes maestros que tienen una idea en su vida; hay pequeños maestros que tienen tres o cuatro ideas en el transcurso de su existencia; finalmente, hay cretinos que tienen una idea cada día.» La idea de Meuvret en este texto daría lugar al nacimiento de la Demografía histórica a partir de la conjunción de la historia de los precios y una nueva fuente utilizable: el archivo parroquial católico. Esta conjunción de variables aporta una nueva perspectiva además del establecimiento de la relación causal entre niveles alimentarios y niveles de mortalidad, mortalidad que en el Antiguo régimen determina el desenvolvimiento de las fuerzas demográficas. Esta idea, sintetizada con el trabajo de archivo parroquial junto a los precios del cereal fundamental de la economía, establece un modelo explicativo de la transición demoeconómica del Antiguo régimen a uno nuevo. Las variables en juego parecen –lo son– simples pero con la compleja riqueza de más elaboradas abstracciones. Desde ahí el modelo podrá ser discutido y, por supuesto, enriquecido con variables tal vez nuevas pero que han de ser igualmente tan simples como enriquecidas por su grado de abstracción. Los conceptos y herramientas de ciencias auxiliares de esta historia podrán, deberán, ser igualmente enriquecidas a partir del modelo de trabajo propuesto por este texto clásico. La historia, como este autor nos muestra, suma conocimientos para avanzar. Aunque hemos de recordar también con Romano: los modelos no se leen para ser aplicados mecánicamente sino como ejemplo para construir los propios en la realidad que estudiamos. Lo que está en juego es *renovar en la continuidad* datos, variables, procedimientos, perspectivas, conceptos y lógicas disciplinares.

Pedro Canales G.

### LAS CRISIS DE SUBSISTENCIA Y LA DEMOGRAFÍA DE LA FRANCIA DE ANTIGUO RÉGIMEN\*

**Jean Meuvret**

Una excepcional alza de los precios de los cereales que coincide con un incremento de los fallecimientos y un decremento de las concepciones, ambos igualmente excepcionales, son los rasgos característicos de las grandes crisis de subsistencias como las de los años 1693 o 1709. Pero estos fenómenos no pueden ser claramente identificados si no es a través del recuento de actas por año cosecha y

\* Publicado por primera vez en *Population*, I, 4, 1946, pp. 643-650.

no por año civil. Las crisis de este tipo desaparecen desde la primera mitad del siglo XVIII. No obstante, las alzas de precios continúan ejerciendo una influencia sobre los movimientos demográficos que no resultan menos importantes por dejar de ser evidentes.

“A partir de las diferentes investigaciones que se han realizado, tenemos la prueba de que los años en que el trigo ha sido más caro, han sido al mismo tiempo aquéllos en que la mortalidad ha sido mayor y las enfermedades más frecuentes.” De esta manera hallamos presentado un problema capital, desde 1766, en un texto intitulado *Reflexiones sobre el valor del trigo tanto en Francia como en Inglaterra desde 1674 hasta 1764*, y publicado tras las *Investigaciones sobre la población por Messance*: el problema consiste en la incidencia de las crisis de subsistencia sobre la demografía francesa en el Antiguo Régimen. Problema, por otro lado, muy complejo que puede descomponerse en múltiples cuestiones, algunas de las cuales son prácticamente insolubles, al menos bajo la perspectiva con que se les analiza habitualmente; otras cuestiones son susceptibles de solución por aproximación sucesiva, tras investigaciones más o menos largas que quedan por hacer pero cuyos principios deben ser planteados.

...

¿Cómo medir la mortalidad debida a las crisis de subsistencia? Obsérvese la prudencia tan científica del autor de las *Reflexiones*. Parte de una constatación de hechos: la coincidencia de los máximos del precio del trigo y de los máximos anuales de la mortalidad, pero la completa añadiendo que esos años han sido también años de morbilidad máxima. Sería pues bastante vano querer descubrir estadísticamente una diferencia específica entre hechos tan estrechamente asociados: la mortalidad por simple inanición, la determinada por una enfermedad pero imputable a la subalimentación y, finalmente, la mortalidad por contagio, siendo este mismo contagio inseparable de la situación de carestía que contribuía no solamente al desarrollo de las enfermedades sino a su propagación por el desplazamiento de los mendigos pobres. Fuera de los casos extremos de “misericordia fisiológica”, ¿qué parte atribuir a la dificultad de abastecimiento entre las defunciones cuyas causas declaradas oficialmente no lo muestran?

Podemos, en cambio, definir con precisión años de mortalidad excepcional aquéllos para los cuales el excedente de mortalidad puede ser atribuido a una crisis de subsistencias. Es fácil identificar esos años. La magnitud del fenómeno es tal que abundan los testimonios concordantes. Aun los historiadores menos orientados hacia el estudio de las realidades económicas y sociales no pueden ignorar acontecimientos como los de 1693 o el de 1709. Por otra parte, existen sobre ellos una cantidad bastante considerable de monografías que no dejan lugar a duda sobre la existencia de una relación de causa a efecto entre el alza de los precios, la miseria y la muerte.

Empero, si intentamos precisar más y cuantificar esta mortalidad, las dificultades aparecen. El Antiguo Régimen conoció, aunque tardíamente, una estadística de los movimientos de población. Sin embargo, cuando la estadística hace su aparición en 1772, las grandes crisis de mortalidad ligadas a las alzas excepcionales del precio del trigo, ya pertenecen al pasado. Es antes, hacia la época de Luis XIV y a los siglos anteriores, a donde hay que remontarse para poder estudiar esas crisis de mortalidad.

En esos tiempos, nada de estadísticas. Poseemos, en cambio –esporádicamente y con frecuencia de dudosa calidad hasta 1667, muy ampliamente conservada y de calidad generalmente buena desde 1667–, la fuente esencial de todo estudio demográfico retrospectivo: los registros de bautizos, casamientos y defunciones. Los últimos años del reinado de Luis XIV parecen, entonces, como la época más favorable, o por lo menos la menos desfavorable a una investigación de este tipo.

Sin embargo, nos acecha una trampa, bastante burda para que nos admiremos porque tantos excelentes eruditos se hayan dejado sorprender, y bastante grave como para que la señalemos con particular insistencia. Creemos saber a qué nos referimos cuando hablamos de año de crisis. Pero, ¿qué realidad concreta recubre la palabra año? Meteorológicas, agronómicas, económicas, o demográficas, las fluctuaciones que conforman el objeto de nuestros estudios no sin inconveniente se enmarcan en el cuadro arbitrario del año civil, del 1 al 31 de diciembre.

El inconveniente es mayor. Las alzas excepcionales del precio de los granos se desarrollan naturalmente en el marco de un año cosecha y dichas alzas sólo se ven con alteraciones extremadamente molestas en el marco del año civil. Pero la experiencia prueba que sucede lo mismo con las alzas excepcionales de mortalidad en los años de carestía. El menor conteo hecho mes por mes en los registros parroquiales permite darnos cuenta de ello. El conteo de los fallecimientos del 1 de agosto al 31 de julio pone de relieve alzas que el conteo por año civil atenúa.

De esta manera, se ven señaladas como caducas, al menos desde el punto de vista en que nos colocamos, publicaciones por otro lado meritorias como las de Oursel (Introducción al tomo v del Inventario de los Archivos de Dijon), de Rossard para Bourg-en-Bresse y de Faidherbe para Rubaix. Si, como lo creemos, un conteo más amplio de los datos contenidos en los registros parroquiales debe ser hecho un día de manera colectiva y en un plan nacional, se deberá exigir que las fichas originales, que deben conservarse, comporten un conteo mensual y que la publicación de los resultados aporte totales calculados por año cosecha.

...

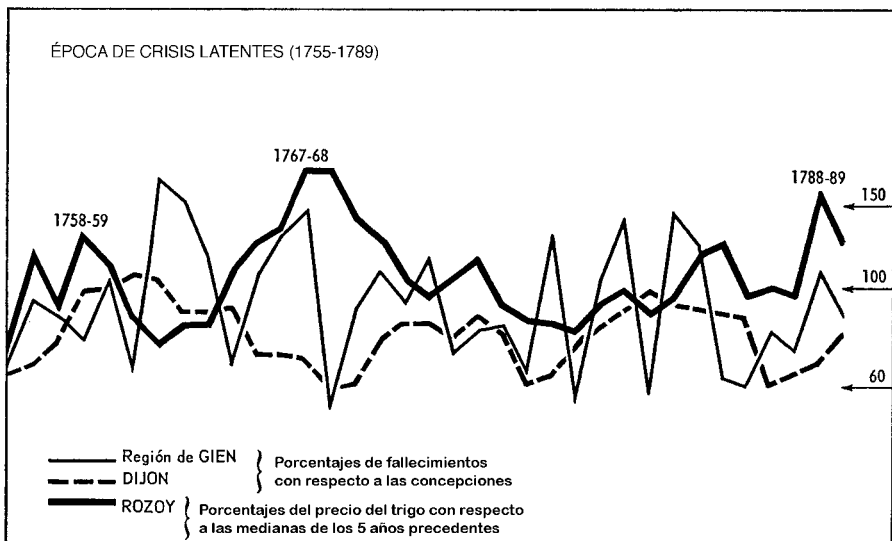
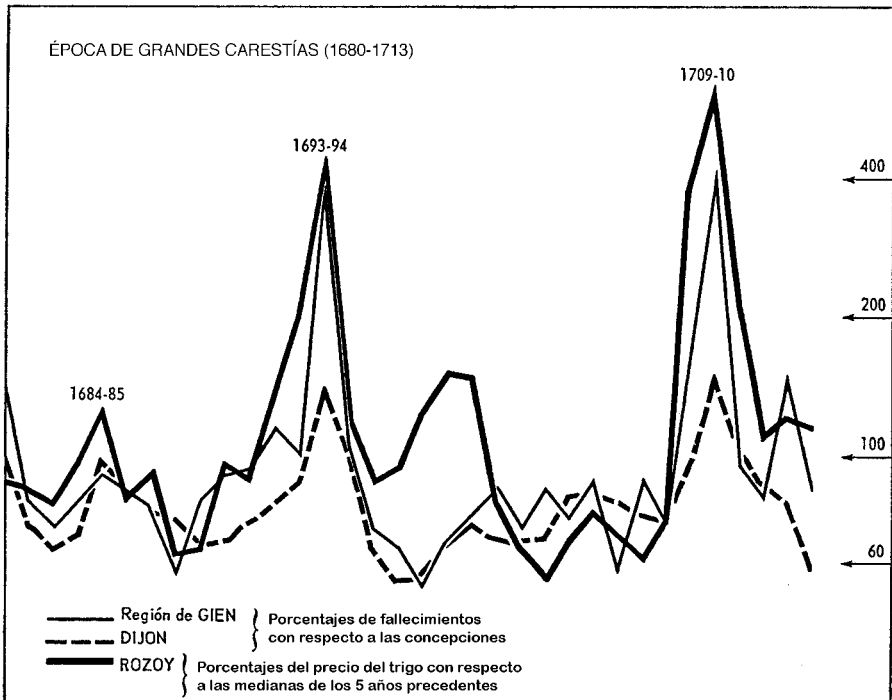
Un argumento más en favor de la reforma que nos proponemos puede inferirse del estudio de las concepciones. La baja de concepciones parece haber

escapado a la atención de los eruditos que se han ocupado de las crisis antiguas. Sin embargo, se trata de un hecho incontestable y sintomático. Esto se observará desfasando los bautizos nueve meses, siguiendo así la evolución de las concepciones. De esa manera se puede obtener una gráfica doblemente característica de un año de crisis de subsistencia: se observa, más o menos simultáneamente, el alza brutal de defunciones y la baja igualmente brutal de concepciones.

Llegamos, entonces, a considerar como el índice característico de la crisis, la relación de las defunciones con las concepciones o, lo que equivale a lo mismo, el porcentaje de las defunciones con respecto de las concepciones contabilizadas, si no mensualmente, al menos en el marco del año cosecha. Compararemos este índice, más que a los propios precios de los cereales, a porcentajes que muestren la intensidad de la alza en relación con la época inmediatamente anterior. El efecto de la alza, durante los años excepcionales que estudiamos, tenía un brutal efecto, un efecto de choque, claramente distinto de los efectos sociales de las otras fluctuaciones económicas. El alza afectaba a un grupo popular que vivía “al día” y por eso se explican las incidencias inmediatas sobre la demografía cuya rapidez tanto como la intensidad pueden resultar sorprendentes. Aun cuando los salarios y los ingresos populares hubieran sido lentos en adaptarse a un alza de precios y que, a ese respecto, toda alza, incluso moderada, fuera origen de sufrimiento, se puede pensar que al cabo de años dicha alza habría sido digerida y que el simple mantenimiento de precios altos hallaba un público apto para soportarlos. Se puede añadir que los efectos de una carestía que se prolongaba sin agravarse, se atenuaba por el hecho que los elementos frágiles de la población desaparecían desde los primeros meses. Inversamente, las facilidades de vida que un periodo de bajos precios ofrecía a los trabajadores manuales, eran desperdiciadas con frecuencia por una parte de ellos. Los textos que evocan este tipo de cuestión son, con mucha frecuencia, de espíritu parcial por no decir sospechosos. Sin duda exageran el descuido y la negligencia de los “pobres ociosos”. Empero, no cabe duda que un alza brutal, acontecida tras un periodo de precios bajos, constituía para muchos de ellos un bastante rudo despertar.

...

De esta manera se justifica el método seguido en la construcción de las gráficas anexas donde se confrontan los porcentajes de las defunciones, en relación con las concepciones en Dijon y en la región de Gien, con los porcentajes de los precios del trigo en Rozoy-en-Brie, calculados en relación con las medianas de los mismos precios durante los cinco años precedentes. Obsérvese que los porcentajes de defunciones en Dijon se muestran considerablemente atenuadas en sus fluctuaciones a causa de la transformación artificial que fue necesario apli-



INED 1946

**Consecuencias de las grandes carestías (1680-1713)  
y de las carestías latentes (1755-1789).**

car a los datos calculados en año civil, para volverlas comparables a aquellas que se habían obtenido por año cosecha.

Dicho esto, los resultados son bastante claros y la comparación entre dos épocas cronológicas, 1680-1713 por un lado, 1755-1789 por otro, nos parece sorprendente. En la época de Luis XIV, hay crisis de subsistencia que golpean de una forma de tal modo excepcional que este solo carácter bastaría para ser señaladas.

De manera correlacionada, la relación entre defunciones y concepciones manifiesta incrementos que, cuando los datos han sido recopilados según el procedimiento formulado más arriba, muestran una intensidad comparable y no menos excepcional. El carácter nacional de la crisis no presenta la menor duda y por ello la substitución de los precios cotizados en el mercado de Dijon por los precios de Rozoy-en-Brie no volvería más significativa la concordancia.

Durante el reinado de Luis XV, y más aún durante el reinado de Luis XVI, todo cambia. Ya no aparece más la correlación entre los precios máximos y los índices demográficos. Si es cierto que subsiste un problema demográfico ligado a las subsistencias, ya se trata de una dimensión y nivel enteramente diferentes y esta diferencia de cantidad constituye por sí misma una diferencia de calidad. Época de crisis mortales, época de crisis latentes, y entre una y otra ha tenido lugar una revolución. Una gran revolución que estas cuantas líneas sólo pueden señalar pero que queda por estudiar.

Sin embargo, nosotros lo único que hemos hecho, finalmente, consiste en precisar, ilustrándolos, hechos conocidos y que constituyen un control estadístico de la habitual documentación histórica. ¿Puede esperarse ir más lejos y medir un día las consecuencias demográficas de las crisis de subsistencias? A primera vista, se necesitarían recopilaciones extensas en diversas regiones ya que es muy probable que se lleguen a identificar grandes diferencias locales en la intensidad de las carestías. Empero, antes de emprender un trabajo de gran envergadura parece necesario realizar un análisis más profundo de los fenómenos.

“Enterré 1200 cuerpos este malhadado año, los perros comían cuerpos de los muertos que hallaban bordeando lo largo de los grandes caminos”. Dejemos de lado lo macabro pintoresco de esta nota con la cual se inicia el registro de Gien-le-Viel en 1709. Empero, al final de cuentas sólo hallamos 241 defunciones inscritas entre enero y diciembre. Es necesario añadir que, sobre ese total, se mencionan 17 de manera anónima, a veces con la mención de su lugar de origen, a veces sin otra indicación que “pobre mendigo”. De cualquier modo, nos hallamos lejos de la cifra de entierros indicado en la nota inicial. ¿Habría que acusar al cura de imaginación fantasiosa? Más probablemente la cifra de 1200 acaso tiene un carácter muy aproximado. Queda el hecho que muchos de los muertos no son contabilizados en los registros: muertos de fuera que ciertamente no fueron re-

gistrados en su parroquia de origen, pero que no habiéndolo sido en el lugar de su defunción, no lo han sido en parte alguna.

Para comprender el alcance de esta constatación, hay que tener presente el hecho que la antigua población de Francia comprendía, incluso en tiempo normal, una proporción enorme de “errantes”, expresión que tomamos de Georges Lefebvre, y que constituye el título significativo de uno de los capítulos de su libro sobre *El gran miedo de 1789*. Casi nos atreveríamos a decir que hay dos pueblos, el de los sedentarios y el de los nómadas. Ahora bien, todas las verosimilitudes concuerdan para permitirnos afirmar que no les son aplicables los mismos coeficientes de mortalidad, de fecundidad ni de nupcialidad. Precisamente, la hambruna que modificaba estos coeficientes multiplicaba los vagabundos sumándose, a los profesionales de la mendicidad y de “los que se las arreglan”, los desenraizados ocasionales que, a partir de entonces, permanecían como tales de manera definitiva.

De cualquier manera, un cómputo preciso de esta población flotante es imposible y por lo mismo los resultados de un conteo directo de las pérdidas debidas a las hambrunas se hallan viciadas en su propia base.

¿Nos hallamos entonces en un callejón sin salida? En realidad sólo la experiencia podrá decirlo. Disponemos, con casamientos, bautizos y defunciones, de tres series de datos escalonados en el tiempo: podemos en todo momento intentar sacar partido. Es muy cierto que, si los administradores de Antiguo Régimen habían procedido a empadronamientos completos, exactos y frecuentes, el problema, tal como lo hemos presentado, estaría resuelto. El déficit constatado entre dos empadronamientos daría cuenta, con satisfactoria aproximación, de los efectos de la carestía. ¿Podemos, a falta de mejor solución, colmar esta laguna apreciando el movimiento de la población? Hemos constatado la imposibilidad de hacerlo para el año mismo en que tuvo lugar la crisis. Empero, en tiempo normal, el peor de los vagabundos raramente moría sin sepultura debidamente registrada y los niños, por muy ilegítimos que fueran, eran bautizados. Trabajando con índices bastante diversos y sobre un periodo suficientemente largo, ciertamente es posible hacerse una idea del crecimiento o la disminución de la población. Al interior de los límites en que los coeficientes de nupcialidad, de enfermedad o de mortalidad pueden ser considerados como relativamente estables, cada una de las tres series de datos puede servir de base a una evaluación.

Empero, es muy evidente que cada uno de estos coeficientes sufre a la vez una evolución secular, de la cual la época contemporánea nos ofrece muchos memorables ejemplos y, por otro lado, puede fluctuar momentáneamente bajo influencias temporales ya sean ellas accidentales o cíclicas. Ahora bien, la carestía trastocaba la composición de los grupos humanos y, en seguida, el valor global de los coeficientes. Aun cuando resulte difícil la medición de la mortalidad

por edad, nos parece que resulta claro, por las pruebas realizadas, que la mortalidad de los años de carestía era sensiblemente diferente de la de los años normales. De ahí resulta no solamente una diferente distribución por edad tras la crisis, sino cambios importantes en las generaciones de candidatos posibles al matrimonio y en las de los matrimonios susceptibles de tener hijos, así como en la salud física promedio de cada generación cuya resistencia a la enfermedad se veía incrementada momentáneamente por una severa selección natural.

Todavía más importante nos parece la consideración de los fenómenos compensatorios que aparecen tras la crisis. Supongo que a nadie se le ocurrirá calcular las pérdidas demográficas sufridas por un país, como consecuencia de una guerra moderna, a partir de las cifras antes y después de la tormenta. Sin embargo, tras un periodo bastante largo, el coeficiente de nupcialidad, al menos en nuestro país, es uno de los menos inestables. En cambio, todo el mundo sabe que los meses siguientes al cese de hostilidades se ve un incremento de casamientos “pendientes”. Así, estas cifras conducirían a la conclusión absurda de un incremento de la población.

Ahora bien, la observación de series de simples datos permite percibir fácilmente la existencia, tras las grandes crisis, de muchos fenómenos de este tipo. Casi siempre las defunciones disminuyen fuertemente, tan fuertemente que es difícil explicar esta disminución relacionándola únicamente con el tamaño de la población. Nos vemos llevados a admitir que la carestía provocaba, anticipadamente, fallecimientos que se habrían producido durante los siguientes años. Inversamente, constatamos no sólo la existencia de casamientos pendientes sino una cantidad mucho más importante de concepciones. Este florecimiento de nacimientos combinado con la disminución de los fallecimientos contribuye, tras su alza brutal, a hacer descender bruscamente en nuestras gráficas el porcentaje de unos con respecto de los otros. Finalmente, ante la dimensión de estas acciones compensadoras, llegamos a preguntarnos si estas terribles crisis no se veían, demográficamente hablando, reabsorbidas en un número bastante limitado de años, lo que convertiría en bastante vanos los esfuerzos para calcular su intensidad con la ayuda de extrapolaciones a partir de las condiciones anteriores.

...

Resulta tanto más difícil escapar a esta objeción cuanto que ella se ve reforzada por otro aspecto. Las víctimas pertenecían, en gran parte, a un medio demográfico muy especial cuyo destino era perderse poco a poco sin dejar rastro. Medio en que la fecundidad era ciertamente débil y la mortalidad infantil fuerte, medio que alcanzaba diariamente, incluso los años normales, crisis que apenas si mermaban el cuerpo sólido de los labradores implantados en la gleba.

El autor de las Reflexiones citadas más arriba tuvo entre otros méritos, el de llevar a cabo una investigación en los hospitales. Investigación limitada, pero

cuyos resultados a este respecto, valen la pena ser señalados. Los años de alza de precio de los trigos, morían, proporcionalmente con respecto a los años normales, muchos más en el hospital que entre el resto de la población. Y ello es cierto no solamente respecto de las alzas terribles de la época de Luis XIV sino también de las de la época de Luis XV. Durante los años de 1740 y 1741, los fallecimientos entre la población parisina fueron 48 858, es decir una cuarta parte más que en un año normal. En cambio, en el Hospital-Dieu, en los mismos dos años, se contabilizaron 15 085 muertos en lugar de 9796, cifra de dos años ordinarios, es decir claramente arriba del 50% más. Ahora bien, el “hospital” del siglo XVII y XVIII debe cuidadosamente ser diferenciado de la institución que hoy día lleva ese nombre. Se cuidaba de los enfermos pero estos paciente sólo representaban la morbilidad de una parte de la población. Todos eran enfermos pobres; aquél que no era pobre en el sentido fuerte que representaba el término, es decir indigente, no ingresaba al hospital. La carestía, que destruía masivamente por los caminos, en sus cabañas, en las granjas en que buscaban refugio tanto como en el hospital, a una parte de esos seres humanos, no hacía sino condensar, en unos cuantos dramáticos meses, una historia que, en otra época, se arrastraba a través de episodios insignificantes de la miseria cotidiana.

Bajo Luis XV, la gran crisis de subsistencias ha desaparecido, aquélla a la cual uno querría etiquetar, a pesar de las confusiones que parece expresar, bajo el tradicional nombre de “hambruna”. Sin embargo, sólo es bastante más tarde, durante la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se observa el gran crecimiento de la población francesa, anunciadora de nuevos tiempos. Lo que sucede es que junto a la crisis aguda existía la carestía latente. Esta carestía permanecía en estado latente aun cuando los precios no se mostraban excesivos en la serie de cotizaciones. Posiblemente, esto mismo constituiría, en razón de su carácter permanente, el aspecto más interesante del problema de las subsistencias demográficas. ¿Pero acaso podemos esperar lograr resolverlo algún día? El año de carestía, en la primera época, constituye un dato preciso que permite, hasta cierto punto, rigurosas inferencias. Más allá, se extienden mecanismos de desempleo endémico y de endeudamiento creciente que conduce al embargo y al abandono de la tierra explotada fija en lo cual, ciertamente, el precio del trigo jugaba su papel: pero no mataba en seguida ni a todos al mismo tiempo. Desgastaba lentamente.